

## Eliot: pecado y conversión por Pablo Ingberg

El 29 de junio de 1927, Thomas Stearns Eliot ingresó, a través de una ceremonia de bautismo a puertas cerradas, en la Iglesia de Inglaterra. En noviembre del mismo año adoptaría la nacionalidad británica. Al comunicarle a su ex-profesor de Harvard Irving Babbitt, quien se hallaba de paso por Londres, su decisión de convertirse, éste le sugirió que debía hacerla pública. Eso es lo que hizo en un prólogo, con una triple declaración que hasta el día de hoy sigue dando lugar a innumerables malentendidos y que lo llevó a múltiples aclaraciones y revisiones de aquellos “anglocatólico, monárquico, clásico”.

Había sido bautizado al nacer, en 1888, en la Iglesia Unitarista fundada por su abuelo en Nueva Inglaterra. Era la religión que regía la casa, principalmente a través de su madre, aunque él comenzó a sentir años más tarde que no era más que un conjunto de preceptos morales orientados a la vida práctica, carentes de todo interés en la trascendencia. Su *nurse*, en cambio, era católica, y lo llevó alguna vez, siendo él niño, a la Iglesia Católica de su Saint Louis natal. Durante sus estudios en Harvard, 1908-1914, leyó una importante cantidad de bibliografía sobre misticismo. En 1923 ó 1924 escribiría estas palabras en el reverso de un sobre: “Sólo hay dos cosas: puritanismo o catolicismo. Se es una cosa o la otra. O se cree en la realidad del pecado o no se cree: ésa es la distinción moral fundamental, y no si uno es malo o bueno. El puritanismo no cree en el pecado, sólo cree en ciertas cosas que no se deben hacer”.

De que Eliot tenía en ese entonces una fuerte conciencia del pecado, excesivamente neurótica por otra parte, da prueba *La tierra baldía*, poema símbolo del siglo, escrito entre fines de 1921 y principios de 1922 tras una extensa incubación que se resistía a plasmarse. Con la facilidad que nos concede el conocer los hechos posteriores, se ha afirmado que estaba allí prefigurada la conversión. También se ha dicho que es ésta una afirmación sin valor. Stephen Spender dice haberle escuchado al mismo Eliot que en aquella época estaba pensando en hacerse budista. De hecho coexisten en el poema, al mismo nivel según parece a primera vista, las *Confesiones de San Agustín* con el “Sermón del fuego” de Buda, el cual es a su vez comparado en las notas con el “Sermón de la montaña” de Jesús. Sea cual fuere la interpretación que se quiera dar a la orientación general del poema, desde máxima expresión del sentimiento de un mundo cuya ilusión de progreso se desmorona hasta mera autobiografía, no cabe duda de que se trata de una travesía espiritual, como la de Dante en su *Comedia*. Y esta peregrinación por la aridez en busca de redención tiene sus pasos por el pecado, atravesado por la falta misma de conciencia de él, desde la masa de fantasmas que cruzan el Puente de Londres rumbo al trabajo hasta la mecanógrafa que en la Parte III, “El sermón del fuego”, la que termina aludiendo a las *Confesiones*, se entrega al pecado carnal como quien plancha una camisa. Pero San Agustín habla con sensualidad del pecado carnal, mientras que Eliot lo hace con cierta repugnancia, a pesar de que la versión definitiva fue bastante atemperada por intervención de Pound, según puede apreciarse en los manuscritos.

Su propia travesía espiritual lo llevaría, pocos años después, a la conversión. Entre el catolicismo romano y el anglicano, optó por este último. Algunos amigos hicieron el puente y sobre éste recorría él el camino que lo unía a sus antepasados ingleses. Sin embargo, algo más debería explicarnos su decisión, sobre la cual se han ensayado diversas interpretaciones. Los grandes modelos que escogió, según lo atestiguan su obra poética y sus ensayos, me llevan a la siguiente conjetura.

Los poetas: Dante, Virgilio. Éste, la cresta de la ola de una civilización paradigmática en su cenit.

Aquél, la piedra basal de una civilización europea cuyas naciones comenzarán a diferenciarse con nitidez. El romano, leído a veces como profeta de un cristianismo a punto de aparecer. El florentino, máxima expresión de una religión universal que no sabía aún de cismas. El uno y el otro, promotores de la religión oficial de sus estados. He aquí el punto. Virgilio, oficialista si cabe, cuando Augusto intentaba restaurar la antigua tradición. Dante, a la sazón opositor, cuando la Iglesia, mezclada en problemas políticos y mundanos, se dirigía al cisma. Eliot, cuando la modernidad parecía tender a un cisma entre los hombres y la religión<sup>1</sup> que identifica, quiérase o no, para mal y para bien, la unidad de la cultura europea tal como él no dejó de hacer notar en su discurso “para todos” (“católico”, etimológicamente), esto es dentro y fuera de Inglaterra. ¿Cómo podía, tomando con lucidez semejantes antecedentes, pilares fundamentales de la literatura occidental, adoptar otra religión que la oficial del país que elegía para sí, señalando al mismo tiempo su unidad esencial con la religión que está en la base de la cultura europea, de la que se sentía indispensablemente parte?

Por otro lado, la Iglesia Anglicana no es una Iglesia de la Reforma, sino que se separó con posterioridad a ella por cuestiones políticas. Es, por tanto, una Iglesia Nacional. Aspecto que Eliot no dejó de señalar con afán superador. En *La idea de una sociedad cristiana* leemos: “... la fidelidad del individuo respecto a la Iglesia Universal prima sobre la fidelidad que debe a su propia Iglesia”. No sería descabellado aventurar que, de haber adoptado Italia, por caso, como patria, se habría convertido a la Iglesia de Roma.

---

<sup>1</sup> Por cierto no sería desatinado considerar que, en un libro tan frecuentador de simbología bíblica como *La tierra baldía* (roca, desierto, agua, por citar algunos), cuando en el v. 173 dice “The river's tent is broken” (La tienda del río está rota) en medio de la ausencia de rastros humanos y divinos, está haciendo alusión a la Tienda del Encuentro, la Morada de Dios en la travesía del pueblo elegido por el desierto, y por ende a la Iglesia.